

INTRODUCCIÓN

Intervención Metodológica

Este libro es un resultado de investigación realizada durante los últimos tres años de mi vida académica y corresponde a una sistemática búsqueda por entender, la distancia y desencuentros entre el nazismo y la dignidad, a través de categorías de análisis propias de los derechos humanos, ¿qué es lo que mantiene en riesgo y depreda la vida humana?, pero además ¿qué es lo que impide la misma realización de los derechos conquistados, consignados en declaraciones y pactos?, con el fin de encontrar los retos centrales para el siglo XXI. Ha sido gratificante hacer una escritura a veces fragmentaria, a veces vagabunda, sin limitar el desarrollo del tema a los acostumbrados procesos rectilíneos; y significativo también ha sido proceder con mezclas de herramientas propias de la epistemología y fenomenología de los derechos humanos, para mirar por dentro desde la teoría y la práctica, lo ocurrido en el holocausto nazi e ir por comparaciones observando en presente las acciones de los paramilitares y la ultraderecha de Colombia que han sobrepasado la crueldad imaginada. Cine, literatura, política, sociología, economía y filosofía, han aportado explicaciones, conceptos enseñanzas útiles para tratar de descifrar el enigma teórico y entender el qué y el cómo de la maldad más arbitraria y antihumana que haya padecido la humanidad y desde ahí definir los ejes de este estudio centrados en tres retos principales de los derechos humanos en el siglo XXI, para que en la medida que se comprenda, se aprenda a entender que es lo que nunca debe volver a ocurrir.

Lo expuesto en este libro trae la significación de multiplicidad de experiencias y lecturas de delicados textos que en cada frase descubren una historia, una metáfora, una imagen. *Medallones*, de Zofia Natkoswska, en pocas páginas llena el universo con indescriptibles e inéditas historias

que ponen al descubierto el papel de “científicos nazis” que fueron capaces de usar su saber y experticia para convertir la grasa de sus víctimas en jabón y de la piel sacar carteras, utilizando como lugar de fábrica a los mismos centros de alta investigación médica en los que se enseñaba la ciencia de la vida. *La Lengua del Tercer Reich LTI*, de Víctor Klemperer, cobra movimiento con los signos, los símbolos y los modos de decir que revelan acciones, gestos y justificaciones para mantener vivo el odio criminal. *Las Arpias del Reich*, de Wendy Lower, enseñan las prácticas escondidas de mujeres al servicio del exterminio, que organizaban listas, seleccionaban víctimas, se deleitaban con el sufrimiento en los ghettos, atendían enfermos y les ayudaban a morir. *Vivir*, de Postel-Vinay Anise, introduce las bases para pensar en las crueldades contra intelectuales y opositores. *Shoah*, de Carles Torner, se mete en lo profundo de los lugares de la muerte y del sacrificio humano para enseñar a cavar con la mirada, repasando los lugares del holocausto, sus sensaciones y voces cortadas. *Los escritos sobre Eichmann, Himmler, Goebbels* despliegan la esencia de la maldad en su más expansiva frialdad. *Los archivos de Auschwitz*, de Agamben, dejan al desnudo la imagen del musulmán, del hombre sin instintos, sin control de esfínteres, sin percepción ni sentidos, sin la más mínima capacidad para diferenciar entre estar vivo o estar muerto. *Las entrevistas*, de Goldenshon, realizadas una a una a los 22 criminales nazis escuchados por el tribunal de Núremberg, llevan cada historia al límite donde el cinismo se cruza con la compasión hacia quienes aprendieron a negarlo y a borrarlo todo, incluso su memoria. *El Diario de Guerra*, de Orwell. *La Estética Nazi*, de Eric Michaud. Los espantosos relatos del horror de los paramilitares colombianos recopilados por Verdad Abierta y las cifras tejidas una a una en la recopilación del Centro Nacional de Memoria Histórica consignadas en el libro de *Basta Ya*. Y un esencial aporte a través de una vasta selección de sentido estético y puesta a prueba de la verdad de lo ocurrido en películas como *Shoah* que en sus diez horas de grabación documental, anuncia, habla, propone escuchar y no interviene para dejar ver y oír la voz propia y el recuerdo de víctimas, victimarios, funcionarios y traductores. *El domingo triste* descubre con las tonalidades de un piano, la vida y la muerte en medio de la corrupción y la crueldad del nazi enamorado. *Napola*, que corre el velo para mostrar las técnicas y las enseñanzas en la formación del joven nazi. *La conspiración del silencio*, que deja lugar a entender que hubo un pacto de silencio para proteger

la estabilidad y exculpar a las siguientes generaciones. *El pianista y sus dedos* que descubren otra vez la dignidad cuando el cuerpo ha dejado de existir. La inocencia que se cruza con la ignorancia y el juego en *El niño del pijama a rayas*. *La caída*, *El código enigma* y otras tantas que entre la estética y política contribuyen para entender el complejo entramado de un relato coherente de crueldad. Cobraron también su lugar propio el Museo de la Tolerancia de Ciudad de México, incrustado en pleno centro del D.F, casi oculto para los turistas pero con la mejor exposición permanente hecha en América para contar entre fotografías, luces y descripciones una historia del horror, que se completa con un vagón usado en el penoso tránsito de la muerte. Y el Museo del Holocausto de Berlín del que se aprende a sentir el hálito final de lo vivido por las víctimas para entender lo que jamás podrá volver a repetirse. En síntesis, este libro es un resultado de una mezcla de textos, imágenes, sentidos y experiencias traídas al presente, acudiendo a leer la realidad desde múltiples ópticas pero todas orientadas con la pregunta por el ser humano y por su dignidad, por lo ocurrido cuando este es sometido a la crueldad y a partir de allí trata de encontrar los componentes de ese mismo espíritu de maldad todavía vigente y desgraciadamente en crecimiento otra vez.

Nada de la crueldad sucedió como si se tratara de simples actos de voluntarismo o capricho, nada fue producto de insensatos reyes, príncipes o tiranos, que imponían su propio yo como medida de todas las cosas. Todas las creaciones del horror del holocausto, al igual que todas las actuaciones de la barbarie paramilitar en Colombia que reprodujo hornos crematorios, mutilaciones, violaciones, tortura, descuartizamiento de cuerpos humanos y asesinatos en masa, fueron pensadas y ejecutadas conforme a unos principios, valores y modos de acción del poder en su combinación política, económica y militar, que juntos crean un indicador favorable de eficacia y eficiencia del dolor, el sufrimiento y la muerte y saca un beneficio. Hay un modus operandi que determina el método del horror, que no está escrito ni formulado como política, programa, orden, o siquiera mandato de obediencia, sino que se incrusta en el cuerpo y la mente del otro como su propio mandato y obediencia.

El horror descrito, puesto en evidencia en lecturas, imágenes y explicaciones, tiene la capacidad para quedarse como un hecho de la memoria, que con solo recordarlo puede producir miedo al futuro por pensar que pueda repetirse.

Esa es la fórmula esencial del espíritu nazi, meterse entre pasado y futuro como un artefacto que permite controlar y someter en presente. La maldad lleva incluso a hacer estadísticas y balances sobre la rentabilidad, eficacia y competitividad de la destrucción organizada por grupos de humanos, o más bien in-humanos, que ideológicamente comparten un espíritu, una filosofía, unas conductas y defienden sin pudor, sin ética ni política que la aniquilación de otros seres humanos es necesaria y debe realizarse en defensa de la humanidad y las instituciones, en las que tienen su fuente de sostenimiento del poder y enriquecimiento.

Hace más de medio siglo que la maldad y el espíritu nazi tuvieron su mejor y letal momento y hegemonía, pero todavía tiene fuerte arraigo y esta incrustado en la construcción del ejercicio del poder del siglo XXI. Esa búsqueda y análisis es la que pone la esencia a este libro, que apenas toca un ámbito entre muchos que requieren ser estudiados y tratados a fondo por los estudiosos que con convicciones éticas y compromiso humano, abordan los derechos humanos y en especial toman partido por las gentes que son sistemáticamente negadas, violentadas y puestas en debilidad y vulnerabilidad.

El libro resultado del ejercicio investigativo, fue construido paulatinamente en estos tres años, en mi actividad diaria como profesor de Derechos humanos y Derecho Internacional Humanitario en la UPTC y periódicamente presentados mediante textos cortos de divulgación popular en numerosos portales de análisis social, que luego fueron sometidos a una rigurosa selección, organizados y tratados a fondo con rigor científico, en un ejercicio de escritura, ajustes, revisiones y precisiones hasta completar el formato de este libro, que metodológicamente está diseñado en tres partes temáticas orientadas a mostrar que el espíritu nazi y el capital en su fase neoliberal son los dos retos centrales de los derechos humanos, mientras el tercer reto es recuperar el lugar propio para ellos mismos como valor principal de la dignidad. He ahí los tres retos de los derechos humanos en el siglo XXI.

Este no es un libro que refleje las estadísticas del horror, más bien sí el espíritu y las teorías que logran que ese horror se produzca y reproduzca, para aportar explicaciones tendientes a hacer conciencia a fin de impedir que vuelva a ocurrir la tragedia de lo ya vivido por generaciones anteriores. Hay aquí una mezcla teórico-práctica que permite entrar y salir de lo local o

de lo global, por cualquier fisura, sin rendir homenaje a las acostumbradas fórmulas de centrarse en las formalidades de lo inductivo y lo deductivo, en cuanto los problemas son los que marcan el sentido del libro y definen su lectura.

Finalmente, este libro quiero dedicarlo con el más profundo aprecio a quienes no abandonan la utopía por un mundo mejor y luchan sin cesar aún a sabiendas que mientras ellos preparan sus argumentos y sus pancartas para tomarse la calle y la palabra para defender derechos, otros preparan su certero disparo contra ellos. Esos que luchan sin descanso se llaman líderes sociales, gente decente que vive para luchar y lucha para vivir con dignidad y derechos. También una dedicatoria y agradecimiento para quienes adentro y afuera del mundo académico se han convertido en mis lectores (de esas lecturas que no producen indicadores formales), de las ya casi cerca de 500 columnas, elaboradas semana a semana durante los últimos seis años, a manera de breves ensayos académicos (no periodísticos) y gentilmente puestas en circulación por: *rebellion.org*. *Las2orillas.com*. *periodicocalicultural.com*. *Alainet.org*. *barometrointernacional.org*. *periodicoeldiario.com*. y sus múltiples reproducciones en pequeños periódicos y emisoras locales, de pueblo, de barrio. El común denominador es poner a debate análisis de la realidad con perspectiva crítica, tratando de encontrar y entender justamente lo que subyace al poder, a la crueldad, a la barbarie planificada, mirar lo que está debajo, lo que mueve el orden criminal del mundo y lo que transforma la cotidianidad, para aportar en la construcción del mundo mejor que todavía y a pesar de toda adversidad sigue siendo posible....

Contexto de los grandes retos para los derechos humanos

El espíritu nazi aún está vigente, permanece en el imaginario colectivo de amplios sectores de población que creen en la necesidad de defenderse del riesgo, del peligro y del temor a un enemigo, a veces real, a veces figurado, que está metido en todas partes, que se oculta en cualquier lugar y contra el que hay que luchar hasta su exterminio total.

Filosóficamente ante el mito, del enemigo oculto, al que se pretende exterminar, el reto para los derechos humanos, es enfrentarlo, en los conceptos, las prácticas y las maneras de ser humanos. No se trata de la lucha contra un sujeto determinado, sino contra un espíritu, un imaginario,

sostenido por el odio que cuando es activado se materializa con violencias y crueldades. Ese espíritu ya estuvo presente en el holocausto provocado por el nazismo, que con su regreso tendría capacidad suficiente para reproducir una barbarie sin control, inclusive para arrasarse con el planeta entero.

Económicamente el espíritu nazi está adentro de las formas de reproducción ampliada del capital, que acumula riqueza y poder, convierte todo a valor precio, desvaloriza la vida humana y desequilibra la sostenibilidad del planeta. El capital ha fijado las reglas de la vida, del afecto, los negocios y la democracia y corresponde a los derechos humanos derrotarlo. En el siglo XXI este espíritu permanece instalado en una parte de la sociedad como una ideología, que mata, crea un espectáculo de horror, desconecta a la cultura de la naturaleza y pone en desventaja las conquistas de humanización más significativas.

La política también ha perdido paulatinamente su sentido y significado de su ejercicio para defender la vida y ha cedido ante las justificaciones del odio traducidas a xenofobia, racismo, y menosprecio de los compromisos éticos y de responsabilidad colectiva y son los derechos humanos, los que a pesar de aparecer derrotados en su aplicación práctica, están llamados a recuperar su condición de lucha por la dignidad humana y a enfrentar al mito del enemigo oculto sobre el que se levanta la destrucción.

Esos son parte de los retos teórico-prácticos más relevantes y más exigentes para los derechos humanos en el largo tiempo que le queda al siglo XXI. Los derechos declarados en 1789, tenían el propósito de encontrar un lugar para quedarse en la sociedad y derrotar de manera definitiva al feudalismo, lo que sin embargo no ocurrió del todo, primero porque solo hasta varios años después empezaron a ser abolidas las últimas esclavitudes y un siglo después se alzaron victoriosas las grandes conquistas obreras. Derrotar al feudalismo implicó modificar valores, principios, conceptos, instituciones y promover el reconocimiento del ser humano libre e igual, sacándolo del mundo del destino y de la fe que impedía la autonomía y la dignidad. En el siglo XIX, los derechos tuvieron como principal reto construir su propio lugar para habitar en la sociedad, poner en juego sus categorías de análisis y diseñar su propia arquitectura teórica, conceptual, práctica e institucional, además de enfrentar al oscurantismo medieval que se negaba a dejar abrir el camino para que florecieran la libertad y la igualdad, proclamadas como resultado de las conquistas producidas con irrepitibles movilizaciones y

confrontaciones al poder de la época, que terminó con los pactos de clases presionados por las revoluciones Americana y Francesa.

El siglo XIX comenzó para la historia, la epistemología y las metodologías relacionales de interpretación compleja de los derechos humanos a finales del mismo siglo XIX y se mantuvo hasta la mitad del siglo XX, es decir, hasta la caída del *fürher* y el nacimiento de la nueva era de posguerra, surgida del eufemismo de llamar *Littleboy* a la primera bomba atómica (con la idea de que de la muerte nacería la nueva civilización). En el siglo XX el reto central para los derechos humanos fue construir nuevos sistemas de valores y otras maneras de crear lazos sociales y culturales en defensa de la vida y la construcción del sujeto humano, como un ser que define su identidad por cuenta propia. Las luchas terminaron en la más cruenta de todas las barbaries sumadas en el holocausto.

El reto siguiente para los derechos humanos fue aprender a moverse en la mitad de las dos grandes potencias que dividían el mundo en el Este y el Oeste y lo convertían en dos enormes masas humanas, cuyos modos de acción estaban predeterminados ideológicamente. La ruptura de ese equilibrio en medio del miedo latente a la agresión global, se rompió y dio paso a la reorganización de la vida en torno a la economía de mercado, y la implantación de la ideología del capital, que suplantó rápidamente a la política y reconfiguró un mapa global de tensiones Norte-Sur referido a nuevos centros de concentración de la riqueza. Ahí terminó el corto siglo XX para los derechos humanos.

El siglo XXI, empezó políticamente con la caída del Muro de Berlín y la rápida expansión global de derechos humanos. Los grandes avances en la ciencia y la tecnología, desafiaron la comprensión del mundo y cambiaron no solo la manera de ser humanos, sino también sus representaciones del sujeto y del poder. Las viejas dualidades liberales sobre las que avanzaron los derechos en los dos siglos anteriores abrieron paso a la entrada de otras formas de ser, sentir y vivir que han ido permitiendo entender que las lógicas de los derechos humanos pensadas en los siglos anteriores han cambiado sus modos de acción pero que sus estructuras se mantienen.

El siglo XXI se incrusta entonces entre luchas transversales, que empezaron por la autonomía, siguieron con las libertades, pasaron a las luchas contra la guerra y por la defensa del territorio, alcanzaron al planeta con

las luchas ecológicas y se detuvieron en el cuerpo del sujeto en la lucha más elemental por conquistar algo para sí, que es simplemente lograr ser respetados como seres humanos diferenciados, libres, iguales y solidarios. Las técnicas del poder fueron el centro de impacto ya no necesariamente para tomar el poder sino ante todo para transformar la realidad e impedir el control del sujeto mismo. El poder del establecimiento cambio sus modos de acción política y provocó otros tipos de control con seducción y represión descarnada y letal y condujo el disciplinamiento de sociedades enteras con la atracción del mercado y del consumismo desbordado que crea el imaginario de sociedades iguales y libres, sin lucha de clases, ni antagonismos.

Identificación de los Tres grandes retos

La libertad y la igualdad que, a lo largo del siglo XX fueron los pilares que sostuvieron la humanización, están derrotadas. Hace tiempo dejo de ser real la capacidad para reconocer y respetar a todos los humanos como pertenecientes a la misma especie, en la que cada uno estaba llamado a ser un otro, igual y diferenciado del que ya nadie podría volver a ser su dueño, esclavizarlo, mutilarlo, venderlo o matarlo. Ser libre equivalía a ser igual al otro, en tanto ser humano, respetuoso de leyes creadas en consenso. Eso era lo pactado y ratificado en 1948 siguiendo el espíritu de reconfiguración de la dignidad del ser humano que había sido destruida por la barbarie y maldad nazi, que invalidó todos los componentes del ser humano, lo puso en debilidad y luego lo atacó sin compasión para provocarle un sufrimiento que afectó la esencia de la vida en todo el planeta.

De las entrañas del dolor, emergió la utopía de vivir como humanos, con la dignidad, como fuente de la vida, garantías para no volver a padecer humillaciones y permanecer alejados del odio y la barbarie. Sin embargo, las conquistas han vuelto a ser acechadas por el espíritu nazi que nunca se fue del todo de esta civilización. El final del siglo XX reportó los más grandes avances en la ciencia, la tecnología y el humanismo, pero también desastrosos resultados de violencia y crueldad contra seres humanos, degradación de la naturaleza física y novedosas técnicas de poder para controlar y someter a pueblos y sociedades enteras.

El siglo XXI llegó con el reto para la política, el arte, la literatura, la economía, el derecho, la medicina y los derechos humanos, de volver a

encontrar la respuesta por el quien soy yo, que dimensione otra vez el significado de ser humano en este tiempo. En el siglo XXI los seres humanos vivirán más tiempo que antes y más rápido, conocerán más, viajarán más lejos y sufrirán otras inclemencias de la naturaleza, pero aun así tienen más riesgos de ser efímeros, intrascendentes, vacíos. Es aquí justamente donde los derechos humanos entendidos como resultados provisionales de luchas sociales, están llamados a enfrentar los principales retos para vivir en armonía como seres humanos iguales y diferentes: El primero es la lucha contra el espíritu nazi, que sirve de sustancia de la degradación humana y sobre el que se reafirma el segundo que es el capitalismo convertido a ideología que enajena y desvaloriza la vida. Y el tercer reto es la lucha contra el Reich interno y la reafirmación de la dignidad como valor y principio de humanidad. Estos son los retos esenciales a ser enfrentados por los derechos humanos en el siglo XXI.

Luchar contra el espíritu nazi, indica enfrentar las formas de negación del ser humano y de los derechos como herramientas adecuadas para sostener las libertades, igualdades y modos de prevenir violencias discriminadoras, intolerantes y excluyentes propiciadas por sentimientos de odio provocado. Luchar contra la ideología del capital, expresado en su forma y prácticas del modelo neoliberal de pensamiento y la organización de la vida, implica enfrentar el papel protagónico del capital que permanece incrustado en todas las relaciones sociales y tiende a reemplazar el valor de la vida y sus procesos creadores por la riqueza material produciendo desequilibrios profundos entre la realidad que vive la gente y los éxitos que logran para sí mismos gobernantes y empresarios. El tercer gran reto es recuperar a los derechos con una visión de procesos de lucha por la dignidad humana, es decir, volver sobre su alcance universal y su condición de herramientas para reafirmar el reconocimiento y respeto de todas las formas de vida, alejadas del riesgo latente del regreso del sufrimiento de individuos y poblaciones enteras convertidas en víctimas del horror.

Estos tres retos implican, el uno la eliminación de barreras y fronteras del odio, el otro la búsqueda del equilibrio y el tercero recuperar los derechos como principio y valor para la reconstrucción de la idea misma de ser humanos con sentido de humanidad.